

sería, en suma, el objetivo de un ensayo que no confunde el arte con la ideología, pero que sabe muy bien que toda obra de teatro —y en el caso de las cinco examinadas es evidente— cumple una determinada función política en la vida social. ■ JOSE MONLEON.

Fascinación de Philip Marlowe

Contamos con una nueva traducción de Chandler, *La ventana sinisterra* (1), su tercera novela, que publicó en 1942. Raymond Chandler no es exclusivamente un autor del género policíaco y uno de los grandes innovadores dentro de él, sino un excelente novelista. "Si quieres saber cómo es California, lee a Raymond Chandler", le dijeron a su futuro biógrafo, Frank Mac Shane (2). Las novelas de Chandler muestran, efectivamente, la sociedad californiana con exactitud e imaginación, son inteligentes y apasionadas crónicas de la California —Los Angeles— del primer tercio de siglo. En ellas, Chandler dio vida a un nuevo tipo de detective: Philip Marlowe, que en gran medida encarna los mitos del americano romántico, individualista y defensor de causas perdidas. Es poseedor de una incorruptible honradez, un arbitrario pero certero instinto para distinguir los "buenos" de los "malos", una gran dignidad frente a los poderosos y, entre otras admirables cualidades, la de preparar un excelente café. Aun cuando acaba siendo el clásico detective, descubre al asesino y encaja las piezas del rompecabezas de la verdad, su gesto es muy distinto, señala al asesino, pero no lo entrega a la Policía si no lo considera necesario o justo. Marlowe no cree en la "Justicia", ejerce una justicia particular que no se basa en la venganza o el escarmiento, sino en un vago pero profundo amor al ser humano y una gran comprensión de sus debilidades. Marlowe está perfectamente equipado para la acción, se desenvuelve perfectamente en todos los ambientes, pero su principal arma es la palabra y el tono que es capaz de darle, entre duro y sentimental.

(1) Bruguera. Libro Amigo. Barcelona, 1977.
(2) *La vida de Raymond Chandler*. Bruguera. Libro Amigo. Barcelona, 1977.

El diálogo es, pues, el gran logro de Chandler. Alcanza sus mejores momentos cuando se desarrolla entre Marlowe y un personaje que pretenda de algún modo situarse por encima de él. Sus conversaciones con Breeze, el teniente de Policía, son buena muestra de ello. Las demostraciones de poder y de fuerza cobran, a los ojos de Marlowe, un aspecto ridículo. El poder que presta el dinero o la posición social encubren debilidades personales. Tal sucede con la señora Murdock y Alex Morny. Es implacable con ellos y su ingenio y desplante se duplican:

"—No me gustan los polizontes —dijo Morny.

Me encogí de hombros.

—No me gustan por muchas razones —continuó—. No me gustan en ninguna forma y en ningún momento. No me gustan cuando molestan a mis amigos. No me gustan cuando obligan a mi esposa a recibirlos.

No hice ningún comentario.

—No me gustan cuando interrogan a mi chófer o cuando se envalentonan con mis huéspedes.

No hice ningún comentario.

—En resumen —afirmó—, que no me gustan.

—Empiezo a entender lo que quiere decir —respondí".

Marlowe no sólo nos presenta una sociedad corrompida y absurda sino que participa él mismo en el absurdo general. Parece sentir la necesidad de realizar de vez en cuando actos gratuitos con el único objeto de satisfacer caprichos sin sentido o sorprenderse a sí mismo: "Hollywood está lleno de ellos", comentan al salir él de un bar en el que se ha comportado de forma inaudita, sorprendiendo a toda la concurrencia. "No tenía ningún motivo para hacer esto", se dice después de cerrar cuidadosamente —reteniendo el picaporte con una mano rígida y dejando que el pestillo se colocase suavemente en su lugar— la puerta del cuarto de la señora Murdock. Ayudado de estos arbitrarios actos de autoafirmación y humor, Philip Marlowe, detective privado, se nos configura como un personaje central en la novela, que no se limita al planteamiento y resolución de un "caso" policíaco. Marlowe, a quien vamos conociendo a través de la trama policíaca, se hace poco a poco independiente de ella; de la intriga de la novela se pasa a la fascinación del personaje. El lector, como él, se separa de la acción, cuando cansado, aburrido y desinteresado del caso que

ha de resolver y de las personas relacionadas con él, se retira a su oficina a beber, fumar, y ponerse un poco melancólico. Quizá de esta melancolía anticipada venga el sabor del final de la acción, a la que Marlowe siente la necesidad de coronar con un acto bueno, ayudar al débil. "Cuando vi desaparecer la casa tuve una extraña sensación, como si hubiese escrito un poema muy bueno y lo hubiese perdido y no pudiera recordarlo", se dice a sí mismo cuando todo ha concluido. Es, como el teniente Breeze sabe definir, un hombre que trata de consolar su conciencia. ■ SOLEDAD PUERTOLAS.

La otra cara del descubrimiento

Frente a la soberbia de los conquistadores, la amargura de los conquistados. Ya desde el mismo título de la obra ("*Los vencidos*"), aparece clara la perspectiva en que se sitúa el autor (1). Se trata de dar la

(1) Nathan Wachtel: "*Los vencidos*". Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570). Traducción de Antonio Escobedo. Alianza Universidad.

vuelta al calcetín de nuestra historiografía, que tradicionalmente ha contemplado la conquista —la misma palabra "conquista" lo dice todo— desde el punto de vista excluyente del europeo invasor. Incluso cuando, henchido de buenas intenciones, el cronista salta en defensa del "pobre indio", tan criatura de Dios —del Dios de los blancos, naturalmente— como sus mismos descubridores.

¿Cómo vivieron, sin embargo, los indígenas de tierras americanas la llegada de aquellos dioses de barbas negras o tabeñas que, montados sobre extraños animales con pies de plata, dominaban el rayo y el trueno? ¿Qué prodigios anunciaron aquella visita portadora de destrucción? ¿Qué sintieron los indios ante la irrupción de lo hasta entonces desconocido? ¿Cómo desequilibró aquel acontecimiento unas estructuras sociales o económicas que hasta aquel momento habían venido funcionando de modo tan coherente como eficaz? ¿En qué sentido se trastornó de pronto la visión del mundo de aquellos pueblos?

Son preguntas a las que un historiador no puede contestar únicamente por vía de la intuición o la imaginación —como lo haría, y lo ha hecho a veces, el



poeta—, sino analizando e interpretando pacientemente los documentos que por uno u otro camino nos han llegado a través de los cuatro siglos transcurridos.

Documentos escritos, por ejemplo, que si bien en el caso de algunas civilizaciones como la azteca o maya son más abundantes, por lo que se refiere al Perú —donde los incas ignoraban al parecer la escritura— son no sólo escasos sino también relativamente tardíos. El hecho de tener que escribir directamente en castellano impide además a sus autores —indígenas en algunos casos— una total autonomía de visión, que se ve contaminada por la cultura invasora.

Existen además otras piezas complementarias como son los informes de misioneros, encomenderos, recaudadores de tributos y cronistas, agudos observadores de las costumbres indígenas aunque adolezcan de naturales prejuicios etnocéntricos.

Pero está también —y acaso sea, por lo menos en cierto sentido, la fuente menos contaminada a que puede recurrir el historiador, aunque sus limitaciones sean también evidentes— el folklore indígena en forma de piezas teatrales, danzas y cantos. Folklore transmitido de generación en generación y cuya supervivencia —con lo que representa de fidelidad al propio pasado— supone la forma de rebelión más tenaz frente a los intentos asimiladores de la cultura blanca.

A unas y otras fuentes ha recurrido alternativamente Nathan Wachtel para su hermoso estudio de "los indios del Perú frente a la conquista española" durante el período que va de 1530 a 1570. Comenzando por las fuentes propiamente indígenas —relatos originales recogidos por los misioneros y folklore conservado hasta hoy— para tratar de reconstruir en un primer momento la reacción de los indios ante la llegada de los primeros conquistadores, Wachtel lleva a cabo inmediatamente después un análisis en profundidad, con ayuda de documentos del segundo tipo: relatos de cronistas, encomenderos y eclesiásticos de las transformaciones estructurales sufridas por la sociedad indígena como consecuencia de aquel choque brutal.

Al traumatismo colectivo que debió de suponer para los indios la muerte de sus dioses y del inca, se sumarían las grandes catástrofes demográficas como consecuencia de las epidemias

y la ruptura paralela del equilibrio económico y social, debido a factores diversos, pero sobre todo a la introducción de nuevos sistemas tributarios y a la expropiación indiscriminada de tierras de cultivo.

Los indios tratarán de hacer frente a esa desestructuración a todos los niveles provocada desde el exterior a través de una "praxis" interna de rebeliones y movimientos de resistencia —incluidos algunos milenarismos—, cuyo fin último consistirá en restablecer el anterior equilibrio, violentamente roto, y devolver la coherencia a sus sistema social y cultural.

Llegados a este punto, sin embargo, una pregunta se nos impone: desde el punto de vista de la historia como proceso totalizador, ¿acaso no resulta tan parcial por sí misma la perspectiva de los vencidos como la de los vencedores? El propio Wachtel se encargará de respondernos afirmativamente: Unos y otros —conquistadores y conquistados— entrarán "juntamente en un nuevo sistema, vivido como tragedia para los vencidos, pero dotado de un sentido objetivo en la exacta medida en que la violencia define a los españoles como dominantes y a los indios como dominados". ■ JOAQUIN RABAGO.

Las luchas de nuestros antepasados

"... Después de todo, los orígenes del movimiento revolucionario en nuestra vieja Europa no deberían dejar a nadie indiferente, incluso entre aquellos que reflexionan sobre el presente o sobre el porvenir".

Así termina el libro "Uñas azules, Jacques y Ciompi", de M. Mollat y Ph. Wolff, dedicado a las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV, y publicado ahora por Siglo XXI en su colección Historia de los Movimientos Sociales.

Dentro del marco general de nuestra Historia, la Edad Media suele ser la gran desconocida, y sirve generalmente de punto de referencia negativo para cualquier juicio u opinión. A esta Edad Media se le opone tradicionalmente la época inmediatamente posterior, el Renacimiento, como a la noche se le opone el día. El panorama cambia, sin embargo, sensiblemente

cuando se abandonan los esquemas históricos consagrados —reducción de la Historia de la Humanidad a una serie de fechas y acontecimientos políticos y a la historia de su desarrollo cultural/superestructural— para estudiar con mayor atención los hechos económicos y sociales en sentido amplio. Desaparecen entonces las fechas límites y el paso repentino de una edad "bárbara" a otra "moderna", y aparecen, en cambio, la continuidad y la evolución.

La historia de los movimientos sociales se inscribe así dentro de un marco de continuidad, y las revueltas populares de la Edad Media no se pueden desvincular de sus seguidoras modernas y contemporáneas. Esa historia de las luchas sociales en la evolución general de nuestra civilización es una historia continua, que, preservando los caracteres propios a cada época, obedece, sin embargo, a un mismo planteamiento básico: la lucha de los pobres contra los ricos.

Sucediendo a dos siglos de expansión en todos los dominios —no exentos, por cierto, de problemas y de tensiones sociales—, la Baja Edad Media se caracteriza como un período de crisis (crisis económica, social, religiosa, crisis políticas), de guerras casi endémicas, de hambres y de epidemias. La misma expansión económica del siglo XIII engendró un desfase social cada vez más acentuado; la oposición entre "ricos" y "pobres" ya no se limitó solamente a la lucha del campesino contra el señor feudal, sino que se introdujo a todos los niveles de la creciente vida urbana y se concretó en una lucha triangular entre los "grandes", los "medios" y los "pequeños". Las crisis del siglo XIV agudizarán estos conflictos, preexistentes, debidos a las nuevas relaciones de producción —la llamada "crisis del feudalismo"— y a la recesión económica, acompañada de una expansión demográfica importante.

Iniciadas a finales del siglo XIII —hacia los años 1280—, las luchas sociales no dejaron de sacudir a los países europeos a lo largo del siglo XIV y luego del XV. Casi ninguno de esos países escapó a las revueltas, a los brotes revolucionarios o a las continuas agitaciones sociales. Organizadas o espontáneas, con o sin jefes, efímeras o de larga duración, las revueltas medievales se producen tanto a nivel del señorío rural como de la comunidad urbana, surgen contra el Estado o la Iglesia ofi-

cial, y enfrentan a diversas clases sociales de intereses cada vez más divergentes. Los conflictos, sin embargo, no se desarrollan según un esquema inmutable, sino que se van transformando a lo largo de este período —de más de siglo y medio— que, siguiendo un orden cronológico y a través de una relación más o menos breve de los acontecimientos, estudian los profesores Michel Mollat y Philippe Wolff; estudio que no pretende ser exhaustivo, ya que desde su fecha de publicación en francés, en 1970, el panorama se ha enriquecido con nuevas aportaciones al respecto.

En los enfrentamientos de principios del siglo XIV, que, en las ciudades del Imperio o en Flandes, oponen los "medios" —artesanos acomodados, como los tintoreros o "uñas azules"— a los "grandes" o "ricos" por la conquista del gobierno comunal, el pueblo "bajo" los "pobres", tras ser manipulados por uno u otro partido, suelen ser las víctimas de la represión. A medida que pasa el tiempo, estos "pobres", campesinos como los "Jacques" franceses de 1358, o artesanos "proletarios" como los "Ciompi" florentinos de 1378, van adquiriendo más peso y mayor conciencia en las revueltas. Estas culminan en los años 1378-1382, durante los cuales se desarrollan movimientos revolucionarios simultáneamente en Italia, Francia, Inglaterra, Flandes e Imperio germánico. Salvando unos rasgos específicos, estos movimientos son esencialmente populares y persiguen una mayor justicia, un igualitarismo de tipo comunista; los trabajadores ingleses de 1381 se agruparon alrededor de Wat Tyler, alentados por la famosa frase del predicador John Ball:

"Cuando Adán cultivaba la tierra y Eva hilaba, ¿dónde estaba el gentil hombre?"

El fracaso de estas luchas se acompaña siempre de un endurecimiento de los regímenes reaccionarios que se vuelven a implantar. Las causas de fracaso —según lo subrayan los autores— son múltiples. La más importante quizá reside en los propios esquemas mentales de los protagonistas. Los rebeldes son más reformistas que innovadores, no cuestionan el problema fundamental de las estructuras de poder, sea político o religioso: son a veces anticlericales, pero nunca antirreligiosos; son antiseñoriales, pero promonárquicos; cuestionan los hombres, pero no las estructuras. Las estrechas relaciones que existie-